Cuentos Crudos

JUAN TOMÁS ÁVILA LAUREL

Cuentos Crudos

Juan Tomás Ávila Laurel

Edita: Centro Cultural Español de Bata. AECI 2007
Centro Cultural Español de Malabo. AECI 2007
Depósito legal: M. 25812-2007
Impreso en EGRAF, S. A.

ÍNDICE

Mares de ollas 5
La lección 35
La sonrisa popular 41
Un esfuerzo sobrehumano 43
Un caso de corrupción 45

MARES DE OLLAS

Decreto-Ley número 259, de fecha 23 de diciembre por el que se anula en todos los confines de esta república productiva la celebración de la natividad de Nuestro Señor Jesucristo y todos los festejos anejos.

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS:

(Señores, seamos serios y digamos la verdad: ¿qué motivos puede argüir cualquiera, por más mandamás que sea, para anular una fiesta de raigambre universal, una fiesta en la que está envuelta tanta gente y en la que se ha gastado tantos recursos?)

El descoyuntamiento de la realidad económica, la congestión de las promesas monetarias y el marcado cariz recesionista de la coyuntura dineraria internacional; vistos los informes del Rotary Club Internacional, del Banco Mundial, de todas las oenegés y de nuestros propios bancos. Oído el dictamen favorable desfavorable de nuestros expertos, y a propuesta de los ministerios más serios, sobre todo los de Economía, Sanidad e Interior, este Gobierno de la República viene a anular la celebración, hasta nueva orden, de la arriba mencionada fiesta y los festejos anejos, aconsejando a los afectados que actúen en esas fechas con toda normalidad, como si estuviésemos en un seis de marzo, por ejemplo.

DISPOSICIONES TRANSISTORIAS:

Se faculta a la Gendarmería Nacional, a la Policía, a los elementos de la Seguridad, a los agentes de orden público, a los agentes de tráfico rodado, a la Iglesia Católica y a todas las Iglesias que practican la libre interpretación de la Biblia tomar cuantas disposiciones sean necesarias para el exacto cumplimiento de este decreto. De manera especial se faculta a los ministerios de Educación y al de Justicia, y al Parlamento Multicolor dictar normas para la correcta interpretación de este decreto.

Igualmente se obliga a los comercios que vendieron sus géneros para la celebración de las fiestas sujetas a esta anulación que reintegren en el más breve tiempo posible las cantidades desembolsadas por los ciudadanos, previa devolución de los géneros adquiridos. Para este último párrafo, se encarece la colaboración de los excelentísimos e ilustrísimos ayuntamientos de todas las ciudades y villas de todo el ámbito nacional. Se participa igualmente a las personas que acometieron arreglos personales especiales, como cortes de pelo, trenzados, peinados, etc., la obligación que tienen de restituir su imagen al estado anterior al arreglo.

DISPOSICIONES DEROGATORIAS:

Quedan derogadas cuantas disposiciones de igual o inferior rango se opongan total o parcialmente a este decreto. Igualmente las de superior rango.

DISPOSICIÓN FINAL:

El presente Decreto-Ley entra en vigor a partir de su publicación por los medios informativos nacionales e internacionales.

Dado en Malabo, a Veintiséis días del mes de diciembre de 2004.

Por Una Guinea Mejor
El que firma aquí las cosas.

Leído el decreto por las radios y las televisiones de toda la república, y habiendo llegado a la población, lo que siguió en todas las casas, en todos los bares, en las tiendas y peluquerías fue un hervidero de comentarios, de gritos y de insultos.

–¡Wouw! –decían algunos–. ¿Has oído eso? ¡Increíble!, ¡Verdaderamente increíble!

–Pero, ¿no era la navidad un asunto religioso, como decir un asunto de Dios? ¿Quién es el que firma las cosas para abortar una fiesta, para oponerse al calendario gregoriano?

–¿Lo que te interesa es el asunto de Gregorio? ¿Tú sabes cuántos millones se han gastado en estas navidades?

–Señora, ya no va a haber navidad, así que olvídate de las fiestas y vete a devolver lo que has comprado. Mira, allí viene un grupo de policías.

–¡Señora! –gritaron valientes–. ¿Has oído el decreto? Tienes que ir a devolver lo que has comprado para la navidad. El gobierno ha dicho que ningún comercio se cierra hasta que se devuelva todo lo comprado. Y tú, ¿no eres la dueña de esa peluquería?

–Sí.

–Pues debes saber que técnicamente eres de la brigada de desarreglos. ¿Has ido al Parlamento o al Ministerio de Educación?

–¿Para qué? –inquirió la señora.

–Para que te interpreten las normas. Tú sabes que el decreto está escrito en un español alto. En el ministerio, en el Parlamento y en los juzgados se interpreta este decreto.

–¿En los juzgados? –inquirió con gesto grotesco–. ¿No dijeron que era en el Ministerio de Justicia?

–¡Conque lo sabías! Yo creo que nos quieres embarullar. Ya veremos qué cara pones a la hora de desarreglar a las señoritas. Nosotros todavía no queremos poner ninguna multa. Somos técnicos de la brigada de desarreglos, pero nos acaban de comunicar unos compañeros nuestros que hay mucho trabajo en M&B. Allá vamos a ayudar.

–Si, vais donde oléis a dinero.

–¿Qué dices? –se encaró uno de los policías, que exigió una repetición.

–Yo digo que podría quedarse uno acá, para ayudarme.

–¡Ahaaaa! No te preocupes. Viene otra brigada ahora. Además, están los reclutas, que se encargan de casos fáciles. ¿Tú sabes cuánto trabajo hay en los grandes supermercados? Nos ocupamos de cosas más difíciles.

–Yo cierro esto un rato, voy al supermercado a devolver unos pollos que compré y vuelvo al puesto. Si luego no encuentro a nadie que me ayude, haré lo que pueda.

En las cabeceras de provincias y distritos, el trabajo de la divulgación fue encomendado a los pregoneros:

–¡Priiiip! –uso generoso del silbato–, por orden de la presidencia de la república, las festividades de navidad y año nuevo quedan suspendidas. A este efecto, se obliga a los que hayan gastado sus dineros que los recuperen tras la devolución de los objetos. ¡Priiiip!, señoras y señores, las comidas, la ropa, los zapatos, los collares y brazaletes, todo corte de pelo y pintado de uñas y labios que hayan hecho para pasar las navidades próximas deben ser devueltas y recuperar lo gastado para adquirirlas. Sabemos que muchas hermanitas e hijas nuestras suelen conseguir estas cosas de los comerciantes extranjeros que tienen abacerías actuando a su manera. Como no es fácil resolver este asunto, habrá una comisión que traduzca este trabajo en dinero para que ellas no salgan con las manos vacías. ¡Priiiip!, ¡señoras y señores, el jefe ya ha hablado!

En la calle todo estaba que hervía. Con una república desnativizada por decreto, todos se revolvían para recuperar la normalidad con menor gasto posible para sus bolsillos.

Tras exclamaciones miles, insultos bastantes, otras exclamaciones, lamentaciones y lecturas rápidas de libros extraños para buscar la justificación a tamaña herejía, las cosas empezaron a encaminarse para la brigada de desarreglos cuando un camión de reclutas jóvenes y rapados, y

armados con *razor blades made in* China caducados se instaló enfrente del edificio de INSESO, que prestaba gentilmente su imagen a la causa, pues es un edificio de paredes francamente contingentes. Al principio dudaron un poco, pues no se habían afianzado en la técnica. Empezaron enviando a un grupo a las casas para traer, a las buenas o a las malas, a las muchachas trenzadas con pelos artificiales. Trajeron un montón de ellas y empezaron, en medio de la calle y previo bloqueo de la circulación vial, a descomponer las trenzas de las trémulas muchachas. Temblaban de miedo y de vergüenza, porque una cosa es descomponer una trenza porque ya es vieja y se ha disfrutado de ella, ayudada, además, por una hermana o una amiga, o a veces, por un amigo que no tiene nada que hacer y quiere excusa para estar cerca de los pechos inflamados de la amiga, y otra es ser desplumada por jóvenes reclutas imberbes que no tienen ningún cuidado con los sentimientos y dolores de jóvenes quinceañeras. Pero lo peor, lo inaguantable, lo vergonzoso para las damitas era quedar a cero pelos en medio del público, cosa que desde que habían nacido no había ocurrido. Derramaban ríos de lágrimas, pero sabían que no se podían salvar del preceptivo rapado.

Los reclutas, dijimos, empezaron titubeando ante la alta misión encomendada a ellos. Pero tuvieron un golpe de suerte. Ocurrió que como la calle de la Independencia estaba cortada, un camión con remolque, de esos remolques impresionantes que vemos cruzar por las calles más guapas de Malabo, quiso bajar al puerto para descargar unos tubos que usa una empresa multinacional norteamericana para asuntos de explotación de petróleo. Los reclutas de la bri-

gada de desarreglos sacaron sus pitos y apuntaron con sus armas. En una palabra, demostraron su hombría. Es cierto que en ese grupo había mujeres, pero ellas estaban en la primera línea del destrenzado, es decir, en otra línea de batalla. En la cabina del camión había dos personas de raza blanca, una de ellas al volante. Esas personas obedecieron la orden como si lo hubieran hecho siempre en un país que desnativiza como si tal cosa. Se pararon en medio de la carretera y uno de ellos bajó y sacó una caja de la cabina. Una caja mediana. Con gestos amistosos quiso decir al jefe de los reclutas que venía en son de paz, y como colaborador, pues les venía a regalar una máquina que facilitaría su trabajo. Abrió la caja y desenfundó algo que tenía cierta semejanza con una motosierra. De la caja sacó también un objeto con cinturón que se podía sujetar al cuerpo. Enchufó la motosierra al objeto y apretó un botón. Se oyó el sonar del extraño aparato y todo el mundo comprendió que se trataba de un cortatrenzas y que él lo pensaba regalar a la comisión de desarreglos a cambio del libre tránsito por la calle cortada. Animado por la gratitud futura de la brigada y del Gobierno, se acercó a una muchacha e hizo una demostración pública del manejo y de las prestaciones del aparato, pues en pocos minutos dejó libre de pelambres a la muchacha que le tocó en suerte, quien no cabía en sí de vergüenza y de pena, mostradas por la abundante lágrima que derramaba. Y derramaba tanta lágrima porque su caso atrajo más la atención de los presentes, pues todos querían ver funcionar la máquina que manejaba el experto empleado de la petrolera norteamericana.

Hecha la primera demostración, el empleado sonrió, se acercó a un recluta y le ciñó lo que sería la batería del cortatrenzas. Luego le entregó el propio aparato y, con un gesto y una sonrisa, le hizo un gesto con la mano para que probara. Antes de hacerlo, se aparcó al lado del camión un Nissan Patrol, del cual bajó un hombre encorbatado. Este rodeó con un brazo al recluta pertrechado con el cortatrenzas y con otro a la muchacha que acababa de ser destrenzada. Inmediatamente un compañero suyo bajó del camión e inmortalizó la escena con un *flash* que captó la sonrisa de su oportuno jefe y las lágrimas de la muchacha. Hecho esto, éste estrechó las manos al jefe de la brigada, estampó un beso sobre las lágrimas de la llorosa muchacha y se metió en el coche.

Luego de esto, el jefe de la brigada de desarreglos capilares emitió un fuerte pitido y permitió que saliera el camión con su imponente remolque.

Lo que siguió a esto es la fiesta del recién formado miembro de la brigada con el cortatrenzas. Al principio las muchachas víctimas del decreto-ley desnativizador dudaban de las habilidades del joven recluta, pues cuando éste se acercaba con el aparato, emitían un enorme chillido, como si el mundo entero fuera a caer sobre sus cabezas. Y lo que más les preocupaba eran sus orejas, pues, sin dejar de emitir sus horrendos chillidos, las tapaban con ambas manos. Pero luego el recluta cogió confianza y las sucesivas muchachas se serenaron cuando vieron que la máquina no podía cercenar sus pabellones auditivos, pues era de buena factura. Pero esta confianza no hizo disminuir las lágrimas de las víctimas de un decreto sin precedentes.

Venían en fila, empujadas levemente por los miembros de la brigada. Luego, una por una, pasaban por la máquina y, con la desconfianza en el corazón, se sometían a los saberes del joven.

Venían, se paraban a cierta distancia, y cuando les tocaba el turno, se iban para ser peladas. Pasaron varias mujeres, niñas de buen ver, señoritas inmejorables, pero también algunas feas, con nalgas demasiado prominentes. Eso sí, todas llevaban el *rasta* de pelos prefabricados o cortados de difuntas.

Al principio la máquina cortatrenzas era silenciosa, pero a medida que pasaba el tiempo, el engrase con que vendría del almacén de la petrolera se resentiría y empezó a emitir un ruido cuya molestia era creciente:

Un joven recluta que levantaba con las dos manos la máquina ¡vrouum!, mientras que la siguiente muchacha era empujada con más o menos disimulo. Ella daba los primeros pasos con las orejas tapadas y derramando las primeras lágrimas. ¡Vroouuum!, ¡Vroouuum! y en pocos minutos dejaba libres de trenzas a otra muchacha más.

Desde el edificio del Parlamento, que acogía precisamente a una comisión de este organismo para debatir cuestiones relacionadas con el decreto-ley, los diputados veían desde los balcones el trabajo de la pomposa Comisión de Desarreglos. Y ocurrió que como algunas muchachas tenían entre sus largas trenzas los nidos de bichos conocidos y por conocer, como piojos o grompecos, bichos todavía desconocidos por muchos sucios, el cortatrenzas también se llevó por delante a muchos piojos, que perdían sus cabezas. Con el tiempo la sangre de los piojos empezó a correr por la

máquina y, junto con el ruido infernal que cada vez adquiría, hicieron que los diputados que miraban desde los balcones del Parlamento empezaran a sentir malestar. Los honorables diputados empezaron a hacer gestos de asco, a escupir con mucha frecuencia y a tapar la boca porque la náusea se hacía mayor.

¡Vroouum!, el sonar del cortatrenzas, ¡crackcrackcrack!, el corte de las cabezas de los piojos de las chicas sucias, ¡gueeck!, la náusea de los honorables diputados. Pero la razón del malestar de los diputados era que como alguna de las chicas que desfilaban como víctimas era de buen ver y mejor pensar, y aunque algunas todavía no hacían el bachiller tenían ciertas relaciones con los diputados presentes, y el hecho de ver a sus íntimas amigas perdiendo los atributos por los que se vieron atraídos, caían presos de sentimientos contradictorios: vergüenza, impotencia, etcétera. Y el asco podía venir del hecho de que la sangre podía ser de los piojos que alguna vez habían estado en sus cabellos, cuando, en los reservados de los bares del barrio Camaremi, se arriman bastante a las citadas chicas para enseñarles las prestaciones de sus portátiles. Pero no tenían nada que hacer para parar la acción del recluta. Además, oficialmente la debían apoyar. Por eso, los que no podían aguantar más bajaban del edificio con cara de asco, se metían en su coche y se iban raudos, a un bar. Otros se metían en el edificio y al menos atenuaban sus sentimientos negativos. Otros salían directamente a los balcones a vomitar, como sólo lo saben hacer los mejores diputados.

En la calle y alrededor de la calle de la Independencia se siguió juntando la gente, pero todos parecían presos de

sentimientos que no podían controlar: miraban a las muchachas, miraban al edificio del Parlamento, miraban al cielo, se tocaban la cabeza. Llegaban hombres y mujeres de todas las edades, se ponían a rascar la cabeza. Rascaban la nalga. Llegaban los funcionarios, llegaban las funcionarias que no se habían arreglado para las navidades. Llegaban los militares que no formaban parte de ninguna comisión, llegaban los rasos, los sargentos y también llegaban los oficiales que usan sable, pero tan nerviosos llegaban que inmediatamente se ponían a afilar sus sables, sólo por hacer algo. Los que la traían, sacaban la lima de su pantalón y, agachándose, se embarcaban, nerviosos y mordiéndose los labios, en la tarea de sacar filo a sus sables. Los oficiales que no traían consigo limas desenvainaban sus sables y los restregaban en el suelo, como lo saben hacer nuestras abuelas cuando, en una piedra, devuelven el filo a sus cuchillos de cocina. Mientras todo esto ocurría, se oyó un murmullo general y fue que los reclutas encargados de conducir a los trenzados ante la máquina donada por la petrolera habían apresado a un robusto mocetón ¡que estaba trenzado como las chicas! Él fue empujado sin disimulo y cuanto estuvo a punto de sufrir el rigor del cortatrenzas explicó que sus aderezos capilares no se debían a ninguna preparación prenavideña sino que era futbolista y se trenzaba así como ya es costumbre entre algunos elementos del deporte balompédico. El jefe de la brigada de desarreglos capilares le mandó cerrar la boca preguntándole si había alguna relación entre los pies que debían golpear al balón y los rizos afeminados de su cabeza. Iba a abrir las manos para explicar algo, pero el ¡vrouum! de la máquina le cerró la boca. Cuando la pudo

abrir, ya estaba libre de molestas trenzas y tuvo suerte de no manchar el aparato con más sangre. Cuando lo vieron, los curiosos que estaban entendieron que era un futbolista que no haría mucho con el balón, pero que estaba libre de molestos bichos y le dedicaron una atronadora ovación. Envalentonado por este hecho, pasó la mano por la limpia cabeza y miró al cielo. Después de este breve recuerdo al Sumo Hacedor, puso los pies en la tierra y decidió subir los escalones del edificio del Parlamento, pues libre de pelos, había crecido en su cabeza una idea. Una muchacha que todavía no se había resignado al rapado y todavía sentía mucha vergüenza en volver a casa también se sintió animada y le siguió escaleras arriba y ambos llegaron ante una puerta. Tocaron una sola vez, y una voz desganada les hizo pasar:

–¡Adelante!

–Buenos días –dijeron intentando rascarse la cabeza, que estaba como ya sabemos.

–¿Qué queréis? –en la estancia unas quince personas estaban sentadas alrededor de una mesa.

–Queremos ver a los miembros de...

–¿También has venido a...? –preguntó el futbolista a la chica.

–Somos de la Comisión Técnica de Interpretación del decreto-ley número 259. ¿Qué desea?

–¡Ejem!, queríamos saber, bueno, yo he venido a hacer una reclamación, pues siempre he tenido mis trenzas, por lo que tengo fotos de antes de la navidad.

–*¡Kie*! –dijo un diputado. ¿Tú en qué trabajas?

–Soy futbolista, mi excelencia.

–En qué equipo jugabas.

–En Levis de Ela Nguema.

–¿Levis es equipo? –preguntó haciendo cierta mueca con sus labios–. ¿Cuántos goles has marcado en esta temporada?

–La temporada no ha terminado, excelencia.

–Lo sé. Cuántos.

–Uno.

–¿Ves? Ese gol que marcaste en puro fuera de juego.

–Excelencia...

–Mira, señor, déjanos trabajar en paz. Y la chica, ¿qué quiere?

–He venido a rogarles que me expliquen eso del decreto. Este decreto, obliga a quitarse las trenzas, pero no obliga a raparnos el pelo.

–¡*Kie*! Entonces, qué sugieres.

–Que deberían desenredarnos las trenzas, pero no dejarnos así.

–¡*Kieee*! –gritaron todos los honorables–. ¿Tú sabes cuánto gastaría el Estado desenredado una por una tus trenzas? Guapita. Tú sabes más que los miembros de esta comisión, casi más que el jefe.

–No es lo que he dicho.

–¡Policía! Si hay un policía en los pasillos, explicarle vuestros problemas.

–¡A la orden! –entra el aludido uniformado.

–Esos dos intrusos han venido a perturbar la paz. Tómales los datos completos y condúceles a los barracones.

–¡A la orden!

El policía ya se frotaba las manos por el negocio que se avecinaba, y mientras guiaba a los encausados a un rincón, la multitud de curiosos de abajo rompió en franco griterío, lo que atrajo la atención de los de arriba. Los honorables parlamentarios se asomaron al balcón, cosa que hicieron igualmente el policía y los dos chicos rapados. Lo que se pudo ver desde arriba era que se había desatado una furiosa pelea entre un grupo de chicas rapadas y otro de ellas que tuvo la suerte de que el decreto les encontrara con sus pelos naturales. Se golpeaban con furia vil, e incluso algunas de las rapadas seguían derramando lágrimas, hecho que a la primera no se podía saber si era debido al hecho de quedarse rapadas, que era motivo suficiente, o a los furiosos golpes de las chicas con pelo. Y mirando mejor, se veía que los dos grupos disputaban una cosa, pues los contendientes llevaban asido algo que no pensaban soltar. ¿Qué era lo que disputaban ahora las señoritas? Mirando y viendo los golpes, se logró ver que lo que causaba la pelea eran las trenzas que habían sido cortadas de raíz por la eficaz y ruidosa máquina. Se miraba, se gritaba y se disfrutaba de los certeros golpes de uno y otro bando, que luchaban sin soltar la causa de la pelea. Más tarde, muchos minutos más tarde fue cuando algunos pudieron sacar en claro las razones de esta furiosa pelea, cuyo campo de batalla estaba repartido por todos los comercios de todas las villas y ciudades de la república. Y era que como el decreto redundaba decretando el reintegro de las cantidades pagadas previa la devolución de los artículos adquiridos, algunas chicas que algunos vieron con trazas de ser extranjeras olieron rápidamente el negocio y mientras sus congéneres hacían

de tripas corazón gimiendo bajo la siniestra máquina rapadora, ellas, entre las cuales había componentes de la misma Brigada de Desarreglos Capilares, se agachaban y hacían su agosto acopiando los pelos cercenados, sin separación ni discriminar los manchados de sangre de piojos de los de muchachas libres de los vergonzosos parásitos. Pero como el aliento al negocio fue después común, es decir, como los dos grupos de chicas vieron que se podía hacer negocio con los pelos caídos, se agarraron como lapas, como se suele decir, y agilizaron las manos para propinar golpes furiosos. Aquí parecía que llevaban más razón las dueñas de los pelos, pues en el asunto aportaron su infamia y la vergüenza de verse rapadas en público.

La pelea se hizo casi general y hombres, mujeres mayores, niños, tomaron parte en ella. Se hizo imparable. Cuando el policía que custodiaba el edificio del Parlamento vio la monumental trifulca, pidió a los dos rapados que le esperaran arriba y bajó rápido apuntando con el arma, por si acaso. Quiso abrirse paso entre la gente pero nadie le miró. Quiso enseñar su arma, pero nadie le prestó atención. Cuando hizo ademán de cargarlo y hacer un disparo al aire, un impetuoso movimiento de las masas beligerantes le sacudió y acabó pisado por decenas, quizá centenas o, quién sabe, miles de contendientes. Y cuando hubo un receso en la pelea, pudo levantarse cojeando y recuperó su arma, también multipisada, pero intacta por ser de metales y maderas duros. Como descargo por la afrenta recibida, agarró a un muchacho que se acercó para ayudarlo y lo acusó de su maltrecha situación. Intercambiaron palabras inculpatorias y exculpatorias y en un nuevo ímpetu de la

masiva pelea se separaron para no verse más. Los chicos retenidos en el edificio, cuando se enteraron del motivo de la trifulca, bajaron del mismo y tomaron el camino del supermercado de M&B, donde tenía lugar una pelea no menos interesante.

Los que conseguían recoger una cantidad suficiente de pelos se acercaban al mercado y allí empezaba una pelea distinta. Desde el decreto, los jóvenes nigerianos y beneineses que venden pelos sintéticos estaban obligados a tener abiertos sus negocios.

–*Oga*, este pelo lo compré aquí y quiero que me devuelvas el dinero.

–¿Yu?, *bot yu guet jía*. Cómo yo voy a dar dinero si tiene pelo.

–Es de mi hermana, no puede venir, está enferma.

–Si no viene hermana, no doy dinero.

–*A de go col polis.*

–*Go col eni man, a no de fía.*

–Hermano, he venido a devolver estos zapatos. Los compré aquí.

–A ver. Bueno, sí.

–Quiero que me devuelvas el dinero.

–Yo me acuerdo de ti, ¿cuántos has pagado por estos zapatos?

–Yo ya no me acuerdo.

–¿Dónde vives?

–En Bisinga

–¿Ya no te acuerdas? –preguntó el nigeriano.

–No... –se rasca ella la carne que hay debajo de la cintura, discretamente–. Sí, pero quiero el dinero.

–Qué dinero. Mirad, hermanos –eso lo dice en lengua nigeriana–, esa chica me dijo que quería estos zapatos, pero que no tenía dinero. Yo tuve piedad de ella y le hice una rebaja, y ahora quiere que le devuelva el dinero.

–Cuánto fue la rebaja.

–Bueno, no me pagó nada.

–¿Les hiciste una rebaja o los dos bajasteis los pantalones, que no es lo mismo?

–Ja, ja, ja ,ja –se ríe uno.

–Ja, ja, ja, ja –se ríe otro.

–Ja, ja, ja, ja –el otro también se ríe.

–Habla bien, que papá Ochuku está aquí –empieza a reconocer la verdad el implicado.

–En realidad le deberías dar algo de dinero, aunque nadie sabe si conocen sus propias leyes. Y no te olvides de usar condón. Nigeria está muy lejos.

–Este *Obudu* no soltará ningún franco. Apostaría mi cabeza –dijo uno.

–Tú cállate, que me debes todavía. OK, hermana –se vuelve hacia ella–, ¿cuánto pagaste por los zapatos?

–¡Tú lo sabes! ¿No te acuerdas de cuando fuimos en casa de tu hermano?

–Sí, pero eso ya pasó, qué quieres, ¿que me lave para borrar lo que hicimos? Ya me he lavado. Con mucho jabón. Y con lejía.

–*A de go col polis.*

–No, *sista*, coge esto. Pero otro día tú compra.

La chica recibe una pequeña cantidad y se queda satisfecha. Se va.

Esta historia y esta:

–Hermano, este pelo lo compré aquí y quiero devolverlo.

–Enseña –y coge el montón de pelo–. ¿Así lo has comprado?

–Sí. ¡Quiero mi dinero!

–¡Oh!, esta chica ya quiere problemas. No sé dónde ha ido a recoger este pelo lleno de sangre y que huele tan mal y ahora dice que lo ha comprado aquí. ¿Así dice vuestra ley?

–Ahora ya estás hablando política. Cuando vaya a la policía, no digas que los guineanos somos malos.

–Pero si yo te hubiera vendido este pelo, ¿te lo di así, con sangre y mal olor?

–¡Yo no quiero oír nada!, quiero mi dinero.

–Ok, trae el pelo. ¿Ves? Yo no vendo pelo de este color, solo vendo los amarrillos. *Am sorry. Go eni wea, sista.*

Mientras eso ocurría en el mercado central de Malabo, en M&B la cosa era similar, pero más moderna. La gente venía a pie o bajaba de sus coches; o en taxis. Venía con plásticos reconocibles o con palanganas u ollas caseras, algunos portaban comida ya guisada y otros, media comida, pues el guiso estaba a medio servir. Los que traían la factura pasaban por la caja y depositaban los productos que habían adquirido hacía unos días.

–Esta es media botella de coñac, aquí medio pollo y aquí media botella de mayonesa. Aquí hay latas vacías de cervezas y de aceitunas.

–Bien, deja todo esto aquí, grrrrrr –el ruido de la caja– coge este dinero y pasa al fondo de la sala, donde está el policía.

–¿Allí, para qué?

–Para terminar de pagar. El siguiente, por favor.

El supermercado era un hervidero de gente, de olores, de ideas, de pensamientos.

–He traído esta olla de lentejas y un pollo que compré hace tres días.

–¿Lentejas con pollo? –inquirió el cajero indio, enarcando las cejas.

–Sí, pero como se quemó mi nevera, la comida se estropeó. Bueno, eran lentejas con pollo y cacahuetes.

–Señora, eso está podrido, ¿cómo puedes pretender cobrar por ello?

–Lo compré aquí.

–Sí, pero la razón por la que no la volverá a comer no es por el decreto, sino porque estaba podrido.

–¡Quién te ha dicho que no lo iba a comer!, ¡Quiero mi dinero!

–Bueno, no hace falta que grites. Pasa al fondo, donde está el policía. Lleva la olla. ¿Tienes el ticket?

–No.

–Bueno, vete con el policía. El siguiente, por favor.

–He traído media mortadela, unas croquetas, media botella de güisqui, una olla congelada de pollo con guisantes. Aquí está el ticket.

–Pero aquí pone más cosas.

–Sí, pero no eran para la navidad, sino para la presentación de un sobrino mío.

–Señora, no queremos problemas. Hay una comisión que está vigilando...

–Mira, yo soy la señora del secretario de la comisión de quejas; te voy a poner con él. *Aló*, papá... Me dicen en M&B que no pueden atenderme. Te lo paso –y extiende el brazo para ofrecerle el teléfono al cajero indio.

–Mira señora, no decimos que no te vamos a atender, pero debemos cumplir la norma. *Aaay*. ¿Tienes el ticket?

–Si hace cinco días que compramos, ¿cómo quieres que tenga el ticket?

–Bueno, veremos: mortadela, croquetas, güisqui, pollo, guisantes. Toma. Luego pasas a la sala del fondo, donde está el policía. El siguiente, por favor.

–Hola, mira, somos monjas de la Inmaculada Concepción y traemos unas latas de fabes que compramos hace tres días y unos chorizos. Los vinitos están a medias.

–¿Trae la hermana el ticket?

–Sí, aquí está.

–Bien, son seis mil quinientos. Hasta luego.

–¿También tenemos que ir a la otra sala?

–No, no, no.

–Hasta luego.

–¡El siguiente!

–Mira, tengo mi carro lleno. Chocolate, cervezas, fanta, coñac. También tengo medios pollos asados.

–¿El ticket, por favor?

– Se mojó en un pantalón cuando fui al río a lavar.

–¿Usted o su señora?

–Yo mismo, mi señora ha ido a España a dar a luz y no doy mi ropa a ninguna bandida, pues lo haces y luego se quieren quedar en casa, para ocupar el lugar de la señora.

Mientras todo eso sucedía en los supermercados, la mayoría de las vendedoras de productos alimentarios se había marchado del mercado, es decir, a pesar del celo de la comisión correspondiente, no consiguieron que volvieran a ocupar sus sitios. Y es que tenían muchas dificultades para devolver el dinero a mujeres que se presentaban con medias ollas de pringosa sopa maloliente y trozos de *malanga* no menos caducada. Y cuando pensaban en cobrar por lo que no era recuperable y mandaban a los demandantes a pagarlo en la zona trasera, donde hay un pequeño barranco y muchísimos montones de basura, tenían profundos remordimientos de consciencia y desistían de su intención. Mira que pretender cobrar por medios picantes ya consumidos o por cuartos de kilos de cacahuetes ya lamidos. Además, en esta zona no expenden billetes por la compra, por lo que nadie tenía billetes que mostrar para reclamar su dinero. Había que contar con la buena fe de las vendedoras, que no era mucha. La mayoría de ellas decía que hacía tres días que no venía, por fiebres calcinantes.

En la sala oscura de M&B ocurría algo que nadie se atrevía a contar. Nos referimos a la puerta que custodiaba un policía. Los que entraban porque tenían que cobrar por artículos que ya habían consumido, salían del supermercado por una puerta trasera y cuando abordaban la calle lo hacían con la cara descompuesta y con pocas ganas de

hablar de lo que les había llevado allí. Salían como dolorosos y con prisas, y vagamente daban alguna información a los que acababan de llegar. Se diría que querían ir lejos, para olvidar una experiencia dolorosa. E incluso señalaban el edificio, pero miraban a otra parte, con cara de sufrimiento. ¿Qué había pasado para que personas que habían entrado con aire jovial, y hasta sonrientes, salieran tan descompuestas?

En Bata, la ciudad más importante del continente, la situación fue similar a la de Malabo. Pero allí se vivieron situaciones tensas, pues allí existen muchos negocios familiares, casi personales, y a la hora de dar cumplimiento al decreto los implicados lo tomaban como una cosa personal:

–Llevo tres horas buscándote con este pescado que me vendiste ayer. Como no había luz, no lo pude traer en mi nevera portátil y mira cómo está.

–Yo también he tenido muchos problemas. Desde la mañana estoy detrás de un chico que cortó el pelo a mi hijito, y no consigo que restituya el pelo del niño.

–Pero no seas animal, ¿cómo querrás que le restituya el pelo? Yo creo que ya actuamos de manera arbitraria.

–Mira, yo sé que algunos tenéis la lengua muy suelta, pero el decreto es claro.

–Hombre, muy claro... He estado en la delegación del Ministerio de Justicia y el que había me dijo que el decreto que llegó de Malabo está con el general. Nadie sabe nada. Pero no me quiero embarullar, devuélveme el dinero del pescado.

–Te vendí un pescado fresco, señor, y no hace falta decirte que un pescado fresco no vale lo mismo que uno caducado. Incluso, no vendemos pescados caducados.

–¿Y...?

–Que aunque el decreto no lo diga, técnicamente lo que me traes no es lo que te vendí.

–No me digas que no me vas a pagar...

–No te digo que no te voy a pagar, sólo te digo que no me has devuelto lo que te di. Y si en este país se vende pescado podrido, entonces te daré tu dinero.

–El chicharro congelado...

–Pescado congelado, mira, yo no te quiero engañar, no estoy preparado para discutir y si quieres, vete a la casa del general y entérate. Mierda de país.

–Sois los que criticáis al Gobierno, los enemigos de...

–¡Fuera! Viviríamos muchos mejor si no fuésemos criticados.

Y así las tensiones se paseaban por todos los rincones de la capital del Litoral. Ahí en la Plaza del Reloj se vivió una pelea porque como no funcionaba la Comisión de Desarreglos, las señoritas se presentaban ante las trenzadoras y exigían la devolución de su dinero. Éstas decían que no habían firmado ningún documento que asegurara que lo que trenzaban era para la navidad. Como no se ponían de acuerdo, se juntaron en el citado lugar para ser oídas por el Gobernador Provincial, pero como éste demorara, los ánimos se caldearon y el asunto llegó a las manos. Hasta que se vivió la pelea, ningún habitante de Bata podía sospechar que había tantas señoritas involucradas en el trenzado de

estos pelos, entre usuarios y artistas, si las que los trenzan pueden recibir este nombre.

Como ocurrió en Malabo, había una cosa que ningún cliente quiso comentar, y fue la experiencia que vivieron en los supermercados de M&B. Y como en Bata esta cadena tiene sus súper en la costa, los que salían por la puerta trasera, hombres y mujeres de edades variadas, se iban a la playa y adoptaban actitudes más variadas: algunos se tendían en la arena y abrían pies y manos, sin ningún recato sin son mujeres, siempre celosas de su intimidad. Luego se quedaban mirando al cielo y bostezando. Otros se despojaban de sus ropas y se metían en el agua. Entre ellos había atrevidos que se metían mar adentro, con brazadas firmes. Si habían ido con alguien, éste empezaba a preocuparse por lo que le podía ocurrir y lo llamaba en voz alta. Por eso, en la costa se oían muchos nombres pronunciados por personas con caras de desesperación: ¡Machoo!, ¡Chuchiii!, ¡tío Eulogio!, ¡Majaa!, ¡tío Brayaan! Como muchos habían entrado en el supermercado de M&B con sus ollas, si estaban acompañados de familiares de menor edad éstos se embarcaban en la tarea de sacarle el brillo a estos apreciados utensilios de cocina. Así, mientras unos se alejaban peligrosamente de la costa, para la desesperación de sus deudos, otros se preocupan por dejar relucientes sus ollas, utilizando la fina arena de la playa. Toda la costa era actividad, bullicio, preocupación. Y como la mayoría de los habitantes de Bata había comprado algo de algunos de los supermercados de M&B, muchos habían pasado por la sala del fondo de esos centros comerciales, puerta custodiada

por un militar, y en la costa el número de personas aumentaba por minutos.

Aunque el decreto desnativizador había sido hecho público por radio y televisión, y había sido la comidilla de los mentideros de la ciudad, además del revuelo que se armó en todos los comercios por la devolución de los artículos comprados para celebrar las fiestas anuladas, el arzobispo de Bata no se había enterado. O, al menos, así lo manifestó cuando ocurrió lo que se cuenta a continuación. Fue que habiéndose asomado al balcón de su palacio, vio un pequeño tumulto formado por mujeres delante de la oficina parroquial. Lo que motivaba sus protestas era la negativa del responsable de la oficina a devolverles el dinero que se les había exigido para bautizar a sus hijos en las próximas fechas, pues ellas pensaban que sería una buena impronta espiritual en la vida de los pequeños el que fueran bautizados en las mismas fechas del nacimiento del Hijo de Dios. Lo imprevisto de la anulación pilló por sorpresa a los responsables de la parroquia, que no podían atender las demandas económicas de las enfurecidas mujeres. Sus protestas llegaron a los balcones y el arzobispo se enteró, a la vez que se enteraba también del insólito decreto y de sus horribles consecuencias en la población. Desde aquella hora creyó que ya no podía vivir ajeno a las tribulaciones de su rebaño y dio instrucciones para preparar una procesión pública que él mismo dirigiría. Sin esperar instrucciones de la Santa Sede, sin comentar la idea con sus colegas de Malabo y Ebibeyín, hizo los preparativos espirituales pertinentes y pocas horas después se vio una impresionante procesión en la que tomaron parte todos los curas de Bata

y los de las iglesias de las villas cercanas. Encabezaba la procesión el obispo, con sus ropas y símbolos episcopales, precedido de una corte de sacerdotes y monaguillos, portando cruces, cirios y otros objetos religiosos. El mismo obispo, en el centro de la corte, llevaba el botafumerio encendido, se supone para calmar las maléficas emanaciones que habían causado tanta convulsión en la sociedad. El obispo recitaba en voz alta una oración en latín, y los sacerdotes que la conocían le acompañaban. Detrás de la comitiva clerical venía el grupo de las hermandades católicas de todos los colores, que en Bata y en Malabo están formadas generalmente por mujeres, que adoptan uniformes que van desde tonalidades neutras, como el blanco, hasta las francamente coloristas, como las púrpuras. A medida que la procesión se alejaba de la catedral, se sumaban a ella los habitantes, impresionados por los últimos acontecimientos.

–Es una señal de Dios –decían unos.

–Es el fin del mundo –creían otros.

La procesión recorrió las habituales calles de Bata y después, como si estuviera en el guión, se dirigió al popular asentamiento urbano de Mondoasi, pasando por el paseo marítimo. Cuando llegó a la altura de la costa donde fueron a refugiarse los que pasaron por la sala oscura del supermercado de M&B, éstos dejaron lo que estuvieran haciendo y se incorporaron a la santa procesión. Algunos de los que braceaban mar adentro consiguieron escuchar los gritos de sus parientes y volvieron a la arena, frotaron sus ojos y se sumaron a la procesión. Los que lavaban sus ollas se levantaron con ellas y también se sumaron. Pero algunos braceadores no habían sido convencidos por sus parientes.

Por eso, mientras la procesión, con el latín del arzobispo, se dirigía hacia el norte, ellos braceaban mar adentro, hacia el oeste, como en una misteriosa competición en la que nadie había escuchado el pitido de salida.

Braceaban, braceaban, braceaban. El obispo iba andando, recitando en latín y moviendo el botafumerio en todas las direcciones. Seguían atrás las mujeres de la cofradía, con sus ropas blancas, fucsias o púrpuras. Detrás seguían los hombres, las mujeres, las niñas, todas las edades. También las personas mojadas que habían estado en el agua, a los que acompañaban parientes con ollas o palanganas.

La procesión llegó al cruce de Mondoasí y se torció hacia arriba y siguió avanzando. Siguió avanzando y uno de esos personajes con poder empezó a preocuparse y llamó a su jefe en Malabo para informarle. El jefe reaccionó inmediatamente y media hora después ya había una comisión en la sala de espera del Aeropuerto Internacional de Malabo dispuesto a viajar a Bata para controlar la situación. Pero esta comisión constató que había mucha gente en el aeropuerto, mucha gente para ser un día en el que no había ningún vuelo a ningún país al que van mucho los guineanos.

–Qué hace tanta gente en el aeropuerto –preguntó el comisionado, mostrando su teléfono, pues inmediatamente iba llamar a alguien, a su jefe, quizá.

–Van a tomar el vuelo para asistir en Bata a la procesión, excelencia.

–Queda inmediatamente suspendido el vuelo.

–No trabajo en la compañía esa, mi excelencia.

–Llámame al jefe de escala. *Aló* –inmediatamente llamó por su portátil a alguien.

Una hora después, mientras seguía avanzado la procesión por la cuesta esta que lleva hacia los barrios que hay al este de Mondoasi, un Nissan Patrol con sus asientos todavía envueltos en plástico atravesó la carretera y cerró el camino a la procesión, a unos siete metros. Del flamante coche bajó el comisionado y unos ayudantes, armados, quienes inmediatamente tomaron posesión a ambos lados del coche, como si esperaran o supieran que el peligro que había que repeler vendría de las casas de la gente que todavía no se había sumado a la procesión. O de carretera arriba. El comisionado, teléfono en mano, se apoyó en la delantera del coche, y con un pie sobre el guardabarros, se dirigió al arzobispo:

–¿Sabe el señor obispo que esta es una manifestación ilegal y que en este país las huelgas están prohibidas?

Quería seguir hablando, mientras sus acompañantes seguían mirando hacia las casas, para abortar cualquier peligro, pero recibió una llamada telefónica:

–Sí, excelencia –respondió a la llamada.

Mientras hablaba el comisionado por teléfono con *su excelencia*, del gentío de la procesión salió el rumor de que algo se cocía en el interior del barrio cercano, y todos empezaron abandonando las filas para meterse por el barrio. En poco tiempo las filas fueron rotas y hombres y mujeres se concentraron enfrente de una casa, concretamente delante de un aparato de televisión que los dueños de

aquella habían dejado fuera. Todos los presentes y los recién llegados querían tomar posición delante del aparato, pues se había difundido la noticia de que una personalidad del país, quizá el mismo presidente, iba a leer un mensaje a la nación en estos momentos especiales. Incluso algunos decían que el esperado no era el presidente, sino una personalidad mundial. Hubo algunos que dejaron correr el rumor de que era el mismo Jesucristo quien iba a dirigirse a su pueblo. De las casas vecinas llegaban los vecinos, vecinas, vecinitas, con sus sillas o banquitos, y se sentaban enfrente, o en la mejor posición que encontraban. En poco tiempo en aquel lugar se reunió tanta gente que se podría decir que las calles se vaciaron. Todos esperaban con una enorme expectación. Cuando el ambiente se había calentado tanto, pues todos creían que el acontecimiento esperado iba a tener lugar, el hado infeliz hizo que ¡Oooooh!, tuviera lugar un apagón. Y así gritaron las miles de bocas de los que esperaban con ansiedad aquel acontecimiento: ¡Ooooooh!

LA LECCIÓN

Como los guineanos han renunciado a saber nada de las funciones de los que mandan, ocurre lo que ocurre, como esto que ya se empieza a contar en la plaza de Ela Nguema.

Cuando hace calor y no ha llovido en toda la semana, y en Malabo pasan muchos meses sin llover, las casas de los que tienen coches de 50 millones de francos CFA se quedan sin agua y como no pueden pedir agua de Tokio ni de Seúl, ni Iberia puede embarcar bidones de agua como el *Chin Fe Ku* desembarca en el puerto de Malabo los coches embarcados en Valencia, cogen la llave del coche, llenan los asientos de atrás de hijitos, sobrinitos y algún primo crecidito y buscan el camino de Ela Nguema. Es como decir que un coche que hubiera sido montado en Yokohama pasara por Valencia, luego por Malabo y terminara en Colwata, para que la parentela joven llene los bidones, mientras el dueño de la llave baje del volante con la toalla al cuello y descienda hasta el borde mismo de la mar océana. Allí empieza el cuento.

Dejan el teléfono sobre la toalla, se desnudan como Adán, o como Caín, que trabajaba la agricultura, y se meten debajo del gran chorro frío. Pero ahí ya estaban antes los niñitos de Elá Nguema, mirando la mar y esperando un hueco para que les toque el chorro. Como los mayores de pelo en pecho son muchos, al final los niños acaban esperando mucho tiempo y tienen tiempo para pensar y desear. Como siempre, chicos y mayores se quedan sin sus trapos

y todos los presentes pueden darse cuenta del tamaño que gastan. Del pipí. Los mayores, gran tamaño, mediano, grandísimo tamaño, tamaño normal. Pocas veces se comenta de lo que se ve. Pero mientras los mayores se hacen su hueco, los niños consiguen ser salpicados de algún chorro fugitivo y se apartan para enjabonarse. Mientras lo hacen, con el rabillo del ojo recuerdan el consejo de sus padres: "baja allí y mira los tamaños que puedes alcanzar cuando tengas mi estatura". Y miran con disimulo, mientras con el jabón ponen abundante espuma sobre el pubis sin vello que aguarda el paso del tiempo. Grandes, pequeños, medianos, grandes grandes, pequeños y algunos que se bañan en calzoncillos, no se fían de la bondad innata de los infantes ni les gusta el festival de desnudos que organizan los habitantes de Malabo cada vez que no hay agua en sus casas, siempre desde que Guinea es independiente de las críticas de los enemigos de la patria.

Pero desde debajo de los chorros de Colwata los bañistas viven otra cosa que no es carne, o que lo hubo sido, algo feo: y como no hay agua, no hay tubos que conduzcan las heces hacia los conductos subterráneos, y chicos y grandes se encaraman sobre las piedras, dan la espalda a los del Monte Camerún, que por aquellas tierras nos llega el *haricot* y más comestibles, se agachan y aflojan los intestinos. Una catástrofe social. Y todos lo ven, los que vienen a pie como los que bajaron de sus Pajeros con teléfonos multidisciplinares.

"Vete en la costa, en Colwata, báñate y haz tus necesidades; lleva las botellas". O "vete en Colwata a bañar". Lo que añaden a su vivencia es una circunstancia que el padre

no ha sabido prever. El padre o la madre. "Lleva las botellas y llénalas".

A pocos metros del lugar de los chorros hay un lavadero entrado en años donde lavan más mujeres que hombres jóvenes y donde a veces se lavan aquellas. Lavan, lavan, lavan, aclaran, meten todo en una palangana, luego se desnudan y se lavan como manda Dios. Como entre ellos suele haber niños que aprenden a lavar o decididamente ya lo hacen sin sus madres, esa zona de Colwata no está exenta de vida, tampoco. Si algún hombre de los que deciden las cosas tuviera la idea de hacer un escenario en la costa misma de la mar océana, chicos, chicas lavanderas y señores con Pajeros y pelo donde hay que tener podrían subir a al mismo y desfilar para mostrar cada uno sus tamaños. Por qué no: grandes, pequeñitos tubos de sólo hacer pipí, grandes masas carnosas al final de la espalda, grandes–grandes, masas carnosas normales de esas que se tapan hoy en día con una cuerdecita, y también una zona tapada con pelo, debajo del ombligo hundido. Eso sí, hay ombligos prominentes en cuerpos que llevan nombres de mujer.

Todo eso se podría ver en el escenario. Lo que nadie querrá ver, y será una catástrofe social, será el que alguien se agachara...

"Vete, Pablito, en Colwata, llena las botellas y fíjate en el número que gastarás cuando seas como yo, pero que ya no vivas conmigo"

Antes de llegar al lugar del chorro de agua fría, el lugar de las exposiciones, hay una montaña cuya cumbre actúa de atalaya para las mujeres y niñas, que jamás tendrán libre acceso a las cosas de los hombres. Ocurre que en otras

zonas de Colwata hay sitios para acopiar agua, y allí se reúne la chiquillería para llenar botellas, galones, cántaros e, incluso, bombonas. En realidad lo que más llenan son "bombonas", y nadie somos para llamarlos con otro nombre si todo habitante de Ela Nguema sabe que lo que lleva es una bombona como manda Dios. Decíamos que en la cumbre de esa montaña se podía otear el horizonte nuestro y el de las tierras de Camerún. Cuando el sol arrecia y el depósito que abastece la ciudad de Malabo se queda corto, todos los que tienen coches caros y baratos piensan en las aguas de Colwata y se dirigen allá, sin pedir ninguna aclaración al Excelente Alcalde o a cualquier otra autoridad responsable. Pero como Colwata no es tan grande ni los chorros son tantos, el exceso de niños y mayores con las llaves en los bolsillos invade el ya conocido lugar de las exposiciones nudistas y entonces los enjabonados tienen que esperar el llenado de cubos, garrafas, botellitas, galones, y, también, bombonas. Qué lío montan con tanto vasijerío. Pero a esta fiesta sí que no se suman las mujeres, ni las niñas, ni las bebitas.

Entonces, se quedan en la cumbre de la montaña aquella, esos treinta segundos que hay que salvar para estar al nivel del mar atlántico, y desde ahí, sin disimular su interés por lo que se cuece abajo, y si no se cociera nada no pesaría sobre ellas ninguna prohibición, dejan el recado al hijo del tamaño pequeñito: "vete con el cubo, llénalo y tráclo acá. Ya bajarás a bañarte. Te espero aquí y miro al interior del barrio para que nadie crea que tengo interés en su desnudez". Las niñas tampoco pueden bajar, y esperan de la acción del hermanito.

"Vete, Pablito, a coger agua en Colwata, báñate desnudo y fíjate en los tamaños que tendrás cuando seas grande. Lleva a tu hermana y llena su cubo. Y te pido, Pablito, que no vengas otra vez a hacer tus necesidades en casa, pues ya sabes que no hay agua". Y las niñas, en la cumbre, sin poder bajar para llenar sus cubos, pues si lo hicieran, no dejaríamos de escribir lo que pensarían viendo todos los tamaños: ya sabemos que una niña tiene presente, pasado y futuro. Su hermanito, también. ¿Qué pasaría si...?

LA SONRISA POPULAR

Unos políticos de siete países de África Central fueron a una conferencia, de esas conferencias que salen en los telediarios. Por la mañana fueron a hablar. Por la tarde se pusieron cómodos y se sentaron a comer pinchos de carne asada en un establecimiento popular de la capital anfitriona. La música estaba alta y los altos políticos apenas conversaban. Además, no conseguían que el viento soplara a su favor; mientras estuvieron, tenían que dirigirse a la señorita asadora a gritos y con los ojos llorosos por el humo asador. Al final decidieron ir a un sitio mejor, donde la carne ya se había asado, por lo que no tenían que luchar con humos cegadores. En este ambiente relajado empezaron a discutir sobre cual de los siete países tenía los mejores aplaudidores, en qué país se aplaudía mejor. Ante la pregunta de unos de ellos, todos sonrieron como actores y mostraron dientes blanquísimos, pero luego no se ponían de acuerdo. Para ponderar la magnitud de sus aplausos, uno de los políticos dijo que hubo una época en que sus paisanos eran tan buenos aplaudidores que se herían las manos y se ensuciaban las ropas con la sangre que manaba de ellas. Cada cual ejemplificó sus ímpetus plausivos aportando testimonios contundentes que lo ratificaran. Incluso estuvieron a punto de resolver el asunto a puño limpio si no fuese porque el dueño del bar pasó por allí y todos pensaron que sería un hombre con influencias, a juzgar por su manera de vestir. Pero se fue después de un tiempo y los políticos retomaron la discusión.

Como el asunto amenazaba cada vez más con llegar a las manos, uno de ellos, queriendo cambiar de tema, dijo, dirigiéndose a otro que no era de su país:

–Antes de ser político viví en tu país y cuando salía de mi casa con mis cubos para ir a buscar agua, encontraba por los caminos cilindros enteros de heces, tan bien desplegados que ni la mejor máquina desplegadora de heces americana lo haría mejor. Y cuando volvía con el cubo en la cabeza, los encontraba tan bien pisados que ni lo haría mejor la más buena de las apisonadoras del mismo país. E incluso no los encontraba.

–¿Qué manera más gratuita de ofender? Quedan rotas las relaciones entre nuestros dos países.

–Nuestros países, perdón, nunca tuvieron relaciones.

UN ESFUERZO SOBREHUMANO

Los empleados de la única empresa eléctrica de Guinea, la SEGESA, llegaron exhaustos a sus hogares el pasado 2 de enero de 2005. De lo cansados que estaban, apenas se podían mover para ducharse como lo requería la ocasión. Para recuperarse, habían necesitado de ración doble, reforzada con otros alimentos energéticos y preparaciones especiales que pidieron a sus mujeres. Llegaban temblorosos, sudorosos y con unas ojeras enormes. Algunos incluso tenían callos, y se quejaban de agujetas. La razón de su estado se debía a que desde la tarde del 31 hasta el mediodía del 2 no había habido ningún apagón en el sector 3 del distrito urbano número 6. En Malabo. Las demás casas saludaron el año nuevo con velas y bailando al ritmo del son de las botellas.

UN CASO DE CORRUPCIÓN

El primer caso de corrupción que conocí fue cuando niño, cuando yo no había leído ningún libro sobre la sociedad guineana ni la palabra corrupción formaba parte de mi vocabulario. Incluso no sabía leer todavía.

Fue que entre los soldados enviados al puesto militar de Annobón, una bella ínsula situada en el hemisferio sur, el sur de todos los sures posibles, incluso, había uno al que los isleños referían con un apelativo que sólo los mayores lo podían pronunciar en público. No, el hombre no se llamaba Radegundo, ni Arnulfo, ni Rabomberto, que sé que son nombres que gastan muchos señores y son apreciadísimos. El hombre no se llamaba Mamerto ni Teopisto, y juro que bastantes veces los he oído. La apelación que recibía el circunspecto señor hacía alusión a cierta disfunción orgánica que padecía. Cuando vi al hombre, y fue cuando ya tenía suficiente edad para salir solo de casa y darme una vuelta por el puesto militar, puesto que por otra parte no estaba lejos del único templo católico de la isla, estaba ataviado con un pedazo de tela de cintura para abajo, como nos han enseñado varias veces los hombres de nacionalidad nigeriana. Esta forma de vestir, por haberla visto, no causaba extrañeza, salvo el hecho de que el citado señor llevaba en la parte de arriba una camisa de vestir. Ahí sí que hacía que pensáramos que había algo que no encajaba. Telas atadas en la cintura se podían usar, pero el que disfrutaba de esta foránea forma de atavío se aliviada de calor vistiéndose con una ligera camisa o con una simple camiseta sin mangas. Si

completaba el aderezo con generosa provisión de polvo en la cara y en las partes descubiertas del cuerpo, podíamos estar seguros de estar ante un *ibo* o un *calabar*, que eran las etnias nigerianas que nos deleitaban con esta peculiar forma de vestir. Y un *ibo* o un *calabar* eran, cuando todavía se aspiraba en la Guinea una lejana esencia de la hispanidad, cuando todavía se creía que Guinea era un caso atípico de africanidad ibérica, los últimos elementos de la cadena que la civilización judeocristiana y europea había difundido en esta parte de África. Incluso no formaban parte de ninguna cadena, eran claramente inciviles, o así los considerábamos.

El tiempo pasó sobre mí y sobre todos los que nacimos en aquellos años y con ello pudimos comprender y llamar sin rubor al militar aquel por su nombre. Más tarde, cuando se destaparon las ollas de sorpresa sobre la realidad nacional, empezamos a leer sobre corrupción, sobre fraudes y sobre otros manejos no legales de los que nos gobernaban para afianzarse en sus nuevos entornos de africanidad, desterrados los supuestos civilizatorios de la madre España. Y fue cuando supimos que el caso del militar innombrable había sido de corrupción.

Lo que cuentan después de las investigaciones es que el tal soldado se vestía así porque las sombras maléficas de las disfunciones orgánicas impedían un relajamiento de su miembro viril, por lo que estaba condenado a padecer esta molesta, dolorosa y constante erección. Priapismo. Inmediato a este conocimiento, exclamamos que habíamos estado ante un caso de flagrante corrupción, que en muchas partes del mundo adoptan variantes exóticas, como nepotis-

mo, tráfico de influencias, etcétera. Y era un caso de corrupción porque aunque la permanente tensión de los atributos de su virilidad no mermaba sus capacidades de atención, por lo que el tal estado no era óbice para el disfrute de una puntería certerísima con las armas del reglamento, la erección constante impedía la realización de ejercicios de obligada ejecución, pues ningún soldado puede eludir el arrastre ventral cuando las contingencias bélicas lo exijan. ¿Acaso puede un soldado aquejado de priapismo arrastrarse por el vientre para no exponerse a las balas del enemigo en el fragor de la batalla?, dicho en otras palabras.

Y sabedor de que puede darse esta eventualidad, forma parte de los ejercicios de formación de los nuevos soldados la provisión abundante de técnicas de rastreo en las que se requiere de una flacidez total de todos los miembros viriles, e incluso de todas las pasiones e intenciones relacionadas con el sustrato sexual de los seres que toman parte en la batalla. Huelga decir que una cosa es que una hinchazón erecta bajo el pantalón puede ejercer un efecto disuasorio en el enemigo, pues siempre los objetos punzantes amenazan, y otra que es un impedimento notorio a los ejercicios que requiere la ocupación militar. Además, no podemos decir que sea un buen traje para la guerra el que ha ocupado nuestra atención.

Espero que una vez puedan responderme los autores de este caso de corrupción y, sobre todo, que me expliquen cómo se desenvolvía en su oficio el aquejado de tan invalidante dolencia.

Es posible que, como profanos en la materia militar, hayamos citado técnicas que son conocidas bajo otras

denominaciones en el lenguaje técnico de los militares. Ruego que cuando lean esto usen con corrección los términos castrenses. De lo que no se salvarán es de la etiqueta de corrupción que envuelve este caso.

Malabo, 16 de enero de 2005

MINISTERIO
DE ASUNTOS
EXTERIORES

COOPERACIÓN
EXTERIOR